

Una mirada a la metafísica y su recuperación

Alexander Núñez Salinas¹

El presente trabajo pretende dar respuesta a las preguntas: **i)** ¿Cómo es que la diferencia ontológica estaría tácitamente presente en la tradición metafísica, y no obstante ello habría sido reiteradamente transgredida?, **ii)** ¿La superación del olvido del Ser y la preeminencia óntica? Las respuestas se realizarán mediante un enlace entre ambas preguntas y a través de un esbozo del legado de la metafísica, especialmente, la aristotélica (la universalidad del ser) y el reparo de Heidegger con respecto al ser, para luego así ver cómo la reinterpretación se vincula con problemas de otra índole como, por ejemplo, el problema del tiempo y su medición.

De tal manera, la metodología a seguir es: i) esclarecer las preguntas y su vínculo con el legado aristotélico en la metafísica; ii) luego resaltar la intervención de Heidegger con respecto al ser y su olvido; iii) para finalmente contemplar cómo esta recuperación del ser abre nuevos problemas como, por ejemplo, el problema del tiempo.

Pues bien, para entender qué es la metafísica es indudable que debemos echar un vistazo a su historia, su legado. Tenemos, entonces, que mirar inevitablemente el legado que nos ha dejado Aristóteles, pues con él, y más bien con el famoso orden de Andrónico de Rodas de esos libros que no tenían un sujeto claro de trabajo, se da inicio a una tradición que siempre tuvo objeto de estudio, pero que hasta ese entonces, no tenía un claro estatuto.

¹ Para el curso de Metafísica a cargo del profesor Cristóbal Holzapfel en la Universidad de Chile.

Pero, antes que todo, no podemos olvidar que la pregunta por el ser se abrió con Parménides, en el momento que “sustantiva la idea de lo consistente: el ente, τὸ εὖν”.² Evidencia que la podemos encontrar en su poema sobre el ser. Ahora, el trabajo realizado por Aristóteles es de vital importancia, pues pretende establecer “tanto definiciones como denominaciones”³, de una materia que intenta salir del manto del misticismo para llegar (descubrir) a la verdad, pero no la que es dada (como la que se le pide a un oráculo), sino la que debemos descubrir en la realidad: “en las cosas que son de verdad, en su principio, arkhé, en las cosas que son y serán siempre”.⁴ En este sentido, como Julián Marías declara, “si esta disciplina tiene función en la vida humana, ésta debe satisfacer alguna realidad similar”⁵. En otras palabras, se debe satisfacer la necesidad, cuando la verdad que busca el hombre se descubre por sus propios medios; y no por lo que se nos dice. Por ello, Aristóteles (para descubrir la verdad) habla de una división entre filosofía primera y filosofía segunda. La primera, estudia el ser en cuanto ser; y, la segunda, se pregunta por el ser en cuanto ente.

Y con respecto lo anterior, en esto se basará la metafísica clásica que se inicia desde el platonismo y que encuentra su punto culmine con Kant, pues ésta no es otra cosa que el estudio de los “modos de ser” o, en su defecto, de los diversos tipos de entes. Lo cual nos dirige o instala en una metafísica del ente, es decir, del estudio del “ente en cuanto tal”⁶, como en la “teoría de la substancia” aristotélica en donde los entes son plenos, conforme las condiciones del primer motor (Dios). Y tal conocimiento se cumple llevando una vida “teorética”, las cual nos encamine o ‘eleve’ hacia la metafísica. Ésta, entonces, será, como dice el texto:

“la metafísica apuntará a la totalidad de las cosas, no por su peculiaridad, sino en cuanto son”.⁷

La diferencia ontológica, en el análisis heideggeriano, entra en juego a causa de la transgresión y confusión, en gran medida debido al legado aristotélico del “ser en cuanto

² Marías, Julián. *Idea de la metafísica*. Buenos Aires: Columba, 1954. p. 17

³ *Ibíd.* p. 12

⁴ *Ibíd.* p. 13

⁵ *Ibíd.* p. 15

⁶ *Ibíd.* p. 35

⁷ *Ibíd.* p. 37

ente”, como lo mencionamos antes. Por ello, aclara la división entre *ens* y *esse*, ser y ente, en clave de Heidegger: *Seindes* y *Sein*. Su reformulación es necesaria si queremos descubrir o ir en la senda del lo que realmente es. El que el ser se entienda únicamente como *vorhardenheit*, nos conduce a su olvido al momento en que aparece el ente.

El olvido del ser se da entonces cuando el *dasein* ha caído en lo cotidiano, pues a él no le va el ser, nublándose la posibilidad del ser en el mundo.

Y esta transgresión (confusión del ente y el ser) se da principalmente por esa universalidad del ser, pues cuando se llega a la interpretación del ser, luego todo nos parece *sub specie entis*⁸. Esto, lamentablemente, como dice Julián Marías, nos puede llevar a equívocos como el pensar que el mundo está compuesto solamente de entes.

El olvido del ser y su preeminencia óptica corren en esta misma dirección entonces. El *dasein* se encontraría arrojado en la existencia inauténtica, en interpretaciones del mundo ya concebidas, por ende, hay sesgo de percibir lo que realmente es. Por consiguiente, su superación es el paso de lo inauténtico a lo auténtico, del *dasein* y su apertura, de su escuchar al logos, y del lenguaje como guía hacia el refugio del ser. Con esto, el *dasein* se abre hacia su ser y el lenguaje es en donde está su ser (o donde él reside). Pero tomando ciertos cuidados, hay que evitar también reducir todo al ente mediante la interpretación del ser.

Pero la universalidad del ser no sólo nos provoca este problema de confusión, transgresión, olvido, etc., ontológica, también nos lleva a otros problemas, por ejemplo, el problema del tiempo, y que la filosofía medieval ligó con su teología, haciendo uso de la de las teorías de Aristóteles, una de ellas: la de potencia y acto. Teoría que pretendió enseñar que el movimiento (como cambio) es el paso de la potencia al acto, o sea, el paso de un modo de ser a otro. Según Julián Marías, el problema de esta teoría es que resalta problemas conceptuales como el que investigó la metafísica medieval, esto es, el problema de la creación. Ya que esta metafísica, usando los recursos aristotélicos (como es el caso de santo Tomás) pretendió justificar la creación y lo que se deriva de ella.

⁸ Ibíd. p.35

El problema del tiempo si bien es de larga data, para abordarlo de forma concisa, sólo recurriremos a lo planteado por San Agustín y las dificultades que presentó en el plano metafísico, científico y con el mismo principio de razón suficiente.

La argumentación agustiniana sobre el tiempo comienza cotejando las dudas sobre el origen del cielo y la tierra, y en qué momento han sido creadas por Dios. De esta manera, el camino que toma el discurso agustiniano contempla declarar, en un principio, que toda lo creado ha sido por obra de un Otro, eterno. Capaz de infundir materia y forma en un momento eterno. De este modo, la creación del universo y la existencia del hombre le pertenecen a Dios, y todo se comprende por Él. Por ello, el problema del origen tiempo se trata de la forma más conocida, por medio de las características intrínsecas del Creador. Es decir, ese ser Sumo por ser creador, eterno y la perfección en sí misma, se puede deducir que, la creación divina se realiza en un “momento sempiterno”⁹, o sea, todo en un mismo “momento”. Que no quiere decir que el tiempo nace mientras Dios está creando, ese tiempo -y que aclara Agustín- es el tiempo del arquitecto, pues ese tiempo también lo ha creado.

Luego, tenemos a Dios creando a un tiempo eterno, pero que el tiempo no le afecta porque es su creación. Pero ¿cómo sabemos del tiempo que percibimos, ese que nos afecta? Esta duda, Agustín, la resuelve de la siguiente manera.

Según Agustín, hay un tiempo que transcurre, que pasa; y de ello puedo inferir que hay pasado, presente y futuro. Ese tiempo puede ser breve o largo, y así lo mido y lo entiendo de alguna manera. Pero para tener certeza de cómo entiendo y mido el tiempo, debe haber algo más, y ese más se encuentra en el alma, gracias a ello podemos saber cómo pasa el tiempo porque en ella se encuentra un “espera, atiende, recuerda”¹⁰. Es decir, en el alma se siente el pasar del tiempo porque es lo mismo que pensar en Dios, allí puedo distinguir el pasar del tiempo como ayer, hoy, mañana. Como vemos, el tiempo que nos afecta, es posible percibirlo en la medida que se relaciona con Dios, mediante el alma. En caso contrario, sería imposible su percepción. Además, este tiempo se da cuando la criatura

⁹ Agustín de Hipona. “Las Confesiones (Libro XI)” *Augustinus.it*
<http://augustinus.it/spagnolo/confessioni/index2.htm>

¹⁰ *Ibíd.* <http://augustinus.it/spagnolo/confessioni/index2.htm>

se sitúa en el mundo, pues “no hay tiempo sin criatura”¹¹, y sin criatura no hay tiempo mortal que nos afecte, ese que nos es propio y que nos ha sido conferido.

¿En qué sentido este problema afecta a la metafísica? Pues bien, las ciencias hoy en día, y en particular ciencias como la astrofísica, astronomía, física aplicada, etc., quieren resolver los problemas, como el del tiempo por ejemplo, con la intención de desligarse de una causa extra-natural capaz de crear todo. Es así como físicos de la talla de Stephen Hawking, rechazan doctrinas elaboradas sobre la base y conocimiento del universo como un cuadro inamovible, estático, sin posibilidades de cambio y con principios externos, y no intrínsecos. Las postulaciones que hace Aristóteles con respecto a un universo en reposo y que se pone en movimiento siempre y cuando sea movido (el tema de la causa primera, primer motor, entre otros nombres) son principios de esa índole. Tenemos también el planteamiento kantiano de un universo que tiene “principio y que siempre ha existido”¹². El real cambio de concepción se produce cuando se deja de pensar en el tiempo y espacio por separado, y se comienza a concebir como un complejo sistema unitario, en donde el ser se encuentra en sus leyes naturales.

Esto lo podemos ver con el planteamiento de Albert Einstein, que nos dice que el tiempo y espacio se combinan, y que la idea de un tiempo absoluto es improbable, puesto que realmente funcionan como “cantidades dinámicas”¹³. Esto último es lo que postula la teoría de la relatividad, pues, por un lado, modifica la antigua idea de tiempo, al acordar los observantes la rapidez con que viaja la luz, pero sin coincidir en la determinación del tiempo empleado y, por ende, el espacio (distancia) del viaje realizado. En este caso, el que observa siempre tendrá una medida propia sobre el tiempo. Se inferirá, entonces, a partir de esto, que el tiempo no es absoluto. Y, por otro lado, tenemos la teoría de Newton que por su parte rompe con la concepción de espacio absoluto porque en la medición de la luz, el tiempo no es objeto de duda, sino la distancia. Se deriva, entonces, que el tiempo nos es absoluto.

¹¹ Ibíd. <http://augustinus.it/spagnolo/confessioni/index2.htm>

¹² Hawking, Stephen. *Historia del tiempo: del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Crítica, 2002. p. 24

¹³ Ibíd. p. 55

Este complejo desarrollo, tiene la particularidad que hace una convergencia de teorías anteriores (teoría de la relatividad), permitiéndonos comprender y apreciar que el universo corre con sus propias leyes, y que los científicos, astrofísicos, físicos cuánticos han ido descubriendo su propio devenir insertadas en el tiempo y el espacio. Hawking dice al respecto:

“... pasamos de un universo inalterable a uno dinámico, en expansión y que pareciera haber comenzado hace cierto tiempo finito y que podría acabar en un tiempo finito en el futuro...”¹⁴

La entrada de Heidegger en el análisis del tiempo también tiene que ver con la idea tiempo. Pero antes echa una mirada al principio de razón suficiente de Leibniz, el cual postula que “nada sucede sin una causa, sin una cierta razón a priori, y vale para todo lo que acaece”¹⁵, involucrando al “universo entero”.

El análisis nos indica que aquel principio que está en manos del sujeto, emplaza al fenómeno, para que éste arroje su razón suficiente de ser como es y de comportarse como se comporta. Se abandona el asombro ante el ser y se comienza a tener un “pensar que calcula todo”: todos los fenómenos del universo.

No obstante, el principio nos conduce a un olvido del ser, nos niega la relación con el ser. Los fenómenos no se muestran como son, sino se establecen por categorías. Nos sometemos a algo, a las categorías del hombre.

En un libro muy interesante de Eugenio Correa: *La concepción tecno-económica del tiempo*, podemos ver ese “pensar calculante”, que quiere medir todo. Por ejemplo, cuando se habla del tiempo que afecta al ente, explicado desde la óptica de la circularidad (forma en que lo entienden los griegos como “medida que regla y norma lo humano”¹⁶), pues se muestra cómo dicha noción que alude a la técnica puede relacionarse con conceptos como el de economía que condiciona los parámetros de vida (nos somete a un poder) de los seres

¹⁴ Ibíd. p. 56

¹⁵ Cfr. Holzapfel, Cristóbal. *Crítica de la razón lúdica*. Madrid: Trotta, 2003. p. 1. (Extracto)

¹⁶ Correa, Eugenio. *La concepción tecno-económica del tiempo*. Chile: Midas Ediciones, 2012. p. 12

humanos en sociedad (en un sentido global), por medio de esa técnica que regula y quiere regular todo.

A la luz de estos hechos, como dice el texto, la técnica, en la normativa heideggeriana, devela ciertos criterios tanto para la noción de tiempo como para la de economía:

“Un tipo de pensamiento que nos predispone a una consideración de lo ente como recurso que debe administrarse de la manera más eficiente posible. Por tanto, los medios técnicos desarrollados a partir de la ciencia caen bajo esta consideración de lo ente como su a priori”.¹⁷

Por consiguiente, la técnica o, en su defecto, al pensamiento técnico es concebido como una “forma de pensamiento” que conlleva la idea de Ser, y así se le puede otorgar un estatuto “histórico” en donde los entes, ahora, pueden ser entendidos como algo material o recurso.

Finalmente, lo que podemos decir es que el camino del ser a lo largo de la historia ha sufrido diversos traspies, ya que ha sido materia de arduo trabajo por la filosofía, pero, muchas veces, ha sido confundido, pese a los incansables intentos de establecer y delinear el *ens* y el *esse*. Inaccesible o no, el ser y el ente, nos han proporcionado la más fecunda de las investigaciones acaparando gran parte de la filosofía y de otras ciencias que intentan dar respuesta a preguntas mediante principios del propio universo (de su propio ser) y no de una causa externa. Quizás, como dice Julián Marías, todas esas respuestas no la encontremos en otra parte que no sea la misma Metafísica, pues ella será siempre nuestra pregunta-desarrollo-respuesta.

¹⁷ *Ibíd.* p. 33

Bibliografía

- Agustín de Hipona. “Las Confesiones (Libro XI)” *Augustinus.it*
<http://augustinus.it/spagnolo/confessioni/index2.htm>
- Correa, Eugenio. *La concepción tecno-económica del tiempo*. Chile: Midas Ediciones, 2012.
- Hawking, Stephen. *Historia del tiempo: del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Holzapfel, Cristóbal. *Crítica de la razón lúdica*. Madrid: Trotta, 2003.
- Marías, Julián. *Idea de la metafísica*. Buenos Aires: Columba, 1954.